



Por el presidente Boyd K. Packer
Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

agradecimiento a alguien que se sienta solo o desanimado”. Él dijo: “Tal vez ustedes olviden para mañana las palabras amables que digan hoy, pero el que las reciba quizás las atesore toda una vida”¹².

Ruego que empecemos hoy, este mismo día, a expresar amor a todos los hijos de Dios, ya sean nuestros familiares, nuestros amigos, personas que sean sólo conocidas o totalmente extrañas. Al levantarnos cada mañana, estemos resueltos a responder con amor y bondad a cualquier cosa que nos pueda salir al paso.

Mis hermanos y hermanas, el amor de Dios por nosotros es más grande de lo que nadie se pueda imaginar. Debido a ese amor, Él envió a Su Hijo, quien nos amó lo suficiente para dar Su vida por nosotros, para que tuviésemos la vida eterna. A medida que lleguemos a comprender ese don incomparable, nuestro corazón se llenará de amor por nuestro Padre Eterno, por nuestro Salvador, y por toda la humanidad. Que así sea, es mi ferviente oración, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mateo 22:36–39.
2. Marcos 12:31.
3. 1 Juan 4:21.
4. Lucas 23:34.
5. Anónimo, citado por Richard L. Evans en “The Quality of Kindness”, *Improvement Era*, mayo de 1960, pág. 340.
6. *Las Enseñanzas de Spencer W. Kimball*, ed. Edward L. Kimball, 1982, pág. 483.
7. Véase “Injured Boy Flown to Safety”, *Daily Sitka Sentinel* (Alaska), 22 de octubre de 1981.
8. Moroni 7:47.
9. Véase de Gordon B. Hinckley, “Que el amor sea la estrella guía de vuestra vida”, *Liahona*, julio de 1989, pág. 80.
10. Véase Doctrina y Convenios 121:43.
11. “Maud Muller”, *The Complete Poetical Works of Whittier*, (1878), pág. 206; cursiva agregada.
12. Dale Carnegie, en, por ejemplo: Larry Chang, *Wisdom for the Soul*, (2006), pág. 54

El testimonio

Deseo compartir con ustedes esas verdades cuyo conocimiento es de mayor valor.

Las épocas de guerra o de incertidumbre nos hacen dirigir la atención hacia las cosas que realmente importan.

La Segunda Guerra Mundial fue una época de gran confusión espiritual para mí. Había dejado mi hogar en Brigham City, Utah, EE.UU. con tan sólo pedacitos de un testimonio, y sentía la necesidad de algo más. Prácticamente todos los estudiantes del último año de mi secundaria estaban camino a la zona de batalla en cuestión de semanas. Mientras estaba estacionado en la isla de Lejima, al norte de Okinawa, Japón, libraba una lucha contra la duda y la incertidumbre. Deseaba un testimonio personal del Evangelio. ¡Deseaba *saber!*

Durante una noche de insomnio dejé mi tienda y entré en un refugio construido con tanques de combustible de 190 litros llenos de arena y colocados en línea, uno sobre otro, formando un cercado. No tenía techo, así que me metí allí, miré al cielo estrellado y me arrodillé a orar.

Sucedió hacia la mitad de mi oración. No podría describirles lo que pasó aunque quisiera sinceramente; está más allá de mi capacidad de expresión, pero es tan real hoy como

lo fue aquella noche, hace más de 65 años. Supe que era una señal muy íntima y muy personal. Al fin sabía por mí mismo. Yo *sabía* con certeza, porque me había sido concedido. Al cabo de un rato salí de aquel refugio y caminé, o más bien floté, de vuelta a mi cama. Pasé el resto de la noche lleno de gozo y asombro.

Lejos de pensar que yo era alguien especial, pensé que si tal cosa me había sucedido a mí, podía sucederle a cualquier persona. Todavía creo eso. En los años que han pasado he llegado a comprender que una experiencia así es, al mismo tiempo, una luz a seguir y una carga que asumir.

Deseo compartir con ustedes aquellas verdades cuyo conocimiento es de mayor valor, las cosas que he aprendido y experimentado en mis casi 90 años de vida y más de 50 años como Autoridad General. Mucho de lo que he llegado a saber entra en la categoría de las cosas que no se pueden enseñar, pero se pueden aprender.

Como la mayoría de las cosas de gran valor, el conocimiento que tiene un valor eterno se obtiene sólo mediante la oración personal y la meditación. Éstas, junto con el ayuno y el estudio de las Escrituras,



traerán impresiones, revelaciones y los susurros del Santo Espíritu. Eso nos proporciona instrucción de lo alto a medida que aprendemos precepto por precepto.

Las revelaciones prometen que “cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección” y que “conocimiento e inteligencia [se obtienen] por medio de... diligencia y obediencia” (D. y C. 130:18–19).

Una verdad eterna que he llegado a saber es que Dios vive. Él es nuestro Padre. Nosotros somos Sus hijos. “Nosotros creemos en Dios el Eterno

Padre, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo” (Artículos de Fe 1:1).

De todos los demás títulos que pudo haber usado, Él escogió ser llamado “Padre”. El Salvador mandó: “De esta manera, pues, orad: Padre nuestro que estás en los cielos” (3 Nefi 13:9; véase también Mateo 6:9). Su uso del nombre “Padre” es una lección para todos a medida que llegamos a comprender qué es lo que más importa en esta vida.

Ser padres es un privilegio sagrado y, si se es fiel, puede ser una bendición eterna. El propósito final de toda actividad en la Iglesia es que el

hombre, su esposa y sus hijos puedan ser felices en el hogar.

A los que no están casados o no pueden tener hijos no se les priva de las bendiciones eternas que anhelan pero que, de momento, permanecen fuera de su alcance. No siempre sabemos ni cómo ni cuándo llegarán las bendiciones, pero la promesa de progreso eterno no será negada a ninguna persona fiel que haga y guarde convenios sagrados.

Sus anhelos secretos y sus lágrimas de súplica tocarán el corazón tanto del Padre como del Hijo. Ellos les darán una íntima certeza de que su vida será plena y de que no se perderán de ninguna bendición esencial.

Como siervo del Señor, y en el oficio al que he sido ordenado, a quienes se encuentran en esas circunstancias doy la promesa de que no habrá nada esencial para su salvación y exaltación que no les sea dado a su debido tiempo. Los brazos ahora vacíos se llenarán y los corazones ahora anhelantes y heridos por los sueños rotos serán sanados.

Otra verdad que he llegado a saber es que el Espíritu Santo es real. Él es el tercer miembro de la Trinidad. Su misión es testificar de la verdad y la rectitud. Se manifiesta de muchas maneras, incluyendo sentimientos de paz y seguridad. Él puede, además, brindar consuelo, guía y corrección cuando es necesario. La compañía del Espíritu Santo se mantiene a lo largo de nuestra vida al llevar una vida recta.

El don del Espíritu Santo se confiere mediante una ordenanza del Evangelio. Una persona con autoridad pone sus manos sobre la cabeza de un nuevo miembro de la Iglesia y dice las palabras: “Recibe el Espíritu Santo”.

Esta ordenanza por sí sola no nos transforma de manera evidente, pero si escuchamos y seguimos las



Ciudad de México, México

impresiones, recibiremos la bendición del Espíritu Santo. Cada hijo e hija de nuestro Padre Celestial puede llegar a conocer la realidad de la promesa de Moroni: "...por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la *verdad* de todas las cosas" (Moroni 10:5; cursiva agregada).

Una verdad divina que he obtenido en mi vida es mi testimonio del Señor Jesucristo.

Ante todo y sosteniendo todo lo que hacemos, afianzado de principio a fin en las revelaciones, está el nombre del Señor, que es la autoridad por la cual actuamos en la Iglesia. Cada oración ofrecida, aún por los pequeñitos, se termina en el nombre de Jesucristo. Cada bendición, cada ordenanza, cada ordenación, cada acto oficial se efectúa en el nombre de Jesucristo. Es Su Iglesia y lleva Su nombre: La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (véase D. y C. 115:4).

Hubo un gran acontecimiento en el Libro de Mormón cuando los nefitas "pedían al Padre en [el nombre del Señor]". El Señor apareció y preguntó:

"¿Qué queréis que os dé?

"Y ellos le dijeron: Señor, deseamos que nos digas el nombre por el cual hemos de llamar esta iglesia; porque hay disputas entre el pueblo concernientes a este asunto.

"Y el Señor les dijo: De cierto, de cierto os digo: ¿Por qué es que este pueblo ha de murmurar y disputar a causa de esto?

"¿No han leído las Escrituras que dicen que debéis tomar sobre vosotros el nombre de Cristo, que es mi nombre? Porque por este nombre seréis llamados en el postrer día;

"y el que tome sobre sí mi nombre, y persevere hasta el fin, éste se salvará...

"Por tanto, cualquier cosa que hagáis, la haréis en mi nombre, de modo que daréis mi nombre a la iglesia; y en mi nombre pediréis al Padre que bendiga a la iglesia por mi causa" (3 Nefi 27:2-7).

Es Su nombre, Jesucristo, "porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

En la Iglesia sabemos quién es Él: Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es el Unigénito del Padre. Él es Aquél que fue asesinado y Aquél que vive de nuevo. Él es nuestro Abogado ante el Padre. "...recordad que es sobre la roca de nuestro Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde [debemos] establecer [nuestro] fundamento..." (Helamán 5:12). Él es el ancla que nos sujeta y nos protege a nosotros y a nuestra familia a través de las tormentas de la vida.

Cada domingo por todo el mundo, allí donde congregaciones de cualquier nacionalidad o idioma se reúnen, la Santa Cena se bendice con las mismas palabras. Tomamos sobre nosotros el nombre de Cristo y prometemos recordarle siempre. Eso está grabado en nosotros.

El profeta Nefi declaró: "Y hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados" (2 Nefi 25:26).

Cada uno de nosotros debe obtener su propio testimonio personal del Señor Jesucristo. Y después compartimos ese testimonio con nuestra familia y con los demás.

En este proceso, recordemos que hay un adversario que busca personalmente frustrar la obra del Señor. Debemos escoger a quién seguir. Nuestra protección es tan sencilla como decidir individualmente seguir al Salvador, asegurándonos de permanecer fielmente a Su lado.

En el Nuevo Testamento, Juan registra que hubo algunos que fueron incapaces de comprometerse con el Salvador y Sus enseñanzas, y "desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con él.

“Dijo entonces Jesús a los doce:
¿También vosotros queréis ir?”

“Y le respondió Simón Pedro:
Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes pala-
bras de vida eterna.

“Y nosotros hemos creído y sabe-
mos que tú eres el Cristo, el Hijo del
Dios viviente” (Juan 6:66–69).

Pedro había aprendido lo que todo
seguidor del Salvador puede aprend-
der: para estar fielmente compro-
metido con Jesucristo, lo aceptamos
como nuestro Redentor y hacemos
todo lo que podemos por vivir Sus
enseñanzas.

Después de todos los años que he
vivido, enseñado y servido, después
de millones de kilómetros recorridos
por el mundo, con todo lo que he
experimentado, hay una gran verdad
que desearía compartir. Se trata de mi
testimonio del Salvador Jesucristo.

José Smith y Sidney Rigdon regis-
traron lo siguiente tras una sagrada
experiencia:

“Y ahora, después de los muchos
testimonios que se han dado de él,
éste es el testimonio, el último de
todos, que nosotros damos de él:
¡Que vive!

“Porque los vimos...” (D. y C.
76:22–23).

Sus palabras son mis palabras.

Yo creo y yo estoy seguro de que
Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios,
y que Él vive. Él es el Unigénito del
Padre, y “por él, por medio de él y de
él los mundos son y fueron creados, y
sus habitantes son engendrados hijos
e hijas para Dios” (D. y C. 76:24).

Expreso mi testimonio de que el
Salvador vive. Yo *conozco* al Señor.
Soy Su testigo. Sé de Su gran sacrificio
y Su eterno amor por todos los hijos
del Padre Celestial. Comparto mi tes-
timonio especial con toda humildad,
pero con absoluta certeza; en el nom-
bre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder William R. Walker
De los Setenta

Vivir firmes en la fe

*Cada uno de nosotros será enormemente bendecido si
conocemos las historias de fe y sacrificio que llevaron a
nuestros antepasados a unirse a la Iglesia del Señor.*

Me encanta la historia de la
Iglesia. Quizá como muchos
de ustedes, mi fe se fortalece
cuando aprendo acerca de la notable
dedicación de nuestros antepasados
que aceptaron el Evangelio y vivieron
firmes en la fe.

Hace un mes, 12.000 maravillosos
jóvenes del distrito del Templo de
Gilbert, Arizona, celebraron la finali-
zación de su nuevo templo con una
actuación inspiradora, con la que
demostraron su compromiso de llevar
una vida justa. El lema de su celebra-
ción era “Vivir firmes en la fe”.

Al igual que hicieron esos jóvenes
de Arizona, cada Santo de los Últimos
Días debe comprometerse a “vivir
firme en la fe”.

La letra en inglés del himno “Firmes
creced en la fe”, dice: “Firmes en la
fe que nuestros padres atesoraron”
 (“True to the Faith”, *Hymns* N° 154).

Y podríamos añadir: “Firmes en la
fe que nuestros abuelos atesoraron”.

Me pregunté si cada uno de esos
jóvenes tan entusiastas de Arizona
conocía su propia historia en la Igle-
sia, si cada uno sabía cómo habían
llegado *sus* familiares a ser miem-
bros de la Iglesia. Sería maravilloso
que todos los Santos de los Últimos
Días conocieran la historia de la

conversión de sus antepasados.

Ya sean ustedes descendientes o
no de los pioneros, la herencia de fe
y sacrificio de los mormones pioneros
es su herencia. Es la noble herencia de
La Iglesia de Jesucristo de los Santos
de los Últimos Días.

Uno de los capítulos más maravi-
llosos de la historia de la Iglesia tuvo
lugar cuando Wilford Woodruff, un
apóstol del Señor, estaba enseñando
el evangelio restaurado de Jesucristo
en Gran Bretaña en 1840, sólo 10 años
después del establecimiento de la
Iglesia.

Wilford Woodruff y otros após-
toles se habían centrado en trabajar
en las áreas de Liverpool y Preston,
Inglaterra, con mucho éxito. El élder
Woodruff, que llegaría a convertirse
en Presidente de la Iglesia, oraba
constantemente a Dios para que lo
guiara en esa obra tan importante. Sus
oraciones le inspiraron a dirigirse a
otro lugar a enseñar el Evangelio.

El presidente Monson no ha
enseñado que cuando recibimos
inspiración celestial para hacer algo,
debemos hacerlo ahora, no dejarlo
para otro día. Eso es exactamente lo
que hizo Wilford Woodruff. Con la
indicación clara del Espíritu de “diri-
girse al sur”, el élder Woodruff partió